

LA CRISIS

Alfredo, con esposa y cuatro hijos, vivía en un pisito de unos cincuenta metros cuadrados en el barrio del Manzano de mi ciudad. Veintiséis años de trabajo en el mundo de la construcción le habían proporcionado muchos sudores, muchas experiencias y el pan para su familia.

Pero hace algo más de tres años su empresa cerró y tampoco encontró trabajo en otras empresas. Quedó en paro. Y aquí empezaron los quebraderos de cabeza de Alfredo. Los meses de paro pasaron deprisa, muy deprisa. Parecía como si los gastos familiares aumentaran y aumentaran, no llegando sus escasos medios a fin de mes. Cada día se levantaba con la pesadilla de alimentar a sus hijos. A pesar de que Alfredo y María, así se llama su esposa, se apretaban el cinturón más y más, llegó un mes en que no pudieron pagar la hipoteca del pisito. Incluso Alfredo fue a la oficina del banco para pedirles que le aguantaran los pagos algún tiempo hasta que pudiera pagarlos. El director del banco le atendió muy amablemente, quitando importancia al asunto.

Pero a los pocos meses Alfredo recibió una carta del banco comunicándole que disponía de quince días para saldar su deuda y

no debía preocuparse pues respondía de los pagos el pisito. Aquella musiquita no le gustaba. A María se le humedecieron los ojos. Alfredo rodeó con sus brazos a sus hijos Luis, Antonio y Lucía y su mirada voló por la ventana luminosa hasta el limpio horizonte. En el fondo del horizonte seguía viendo los rostros y el abrazo de sus tres hijos. Lo que proporcionó a Alfredo unos momentos de serena alegría. ¿Tal vez el futuro que le sonreiría?

Pero Alfredo hizo un gesto sacudiendo la cabeza y dijo unas palabras ininteligibles. María le preguntó:

- ¿Qué dices Alfredo?
- No, nada. Estaba hablando sólo.
- ¿Y qué vamos a hacer ahora?
- ¿Qué qué vamos a hacer? Ponernos en marcha.
- ¿A dónde, marido?
- A donde encontremos ayuda.

Alfredo fue visitando incansablemente a vecinos y amigos de su barrio y de la ciudad. En seguida los vecinos comprometieron a otros vecinos y los amigos a otros amigos. Incluso participaron plataformas antideshaucios.

A los quince días se hizo una nutrida manifestación, que comenzó en concentración frente a la oficina del banco. Se oyeron consignas de todo tipo. La pancarta más grande decía “Nosotros

compramos la vivienda para vivir, vosotros nos la quitáis para hacer sufrir”. La manifestación acabó en la plaza del Ayuntamiento, jaleando al alcalde y a los jueces, haciéndoles cómplices del proceso de desahucios.

Se hizo una colecta a favor de la familia de Alfredo, que les proporcionaría medios para comer algunos meses. Por otra parte Juan, compañero y amigo de Alfredo, se ofreció para alojarlos en su casa. Para lo cual, deberían apretarse todos. Alfredo, María y Lucía en una habitación y Luis y Antonio en otra.

No tardaron en llegar las desagradables e inoportunas notificaciones oficiales de los jueces. Apremiaban a la familia de Alfredo a desalojar su vivienda en un mes. A Alfredo se le hizo un nudo en la garganta y se le vino el cielo encima. Por su cabeza empezó a pasar la película de sus andanzas por el pisito, que le acababan de arrebatarse.

Hacía casi quince años, se decidió a dar una entrada a la firma del contrato para comprar su pisito. Se sentía orgulloso de poder dormir bajo su techo. Allí llevó a María, cuando formalizaron su compromiso de matrimonio. Allí se habían criado sus tres hijos. Aquel pisito era como una laguna, cuyas aguas guardaban un inmenso caudal de amores y recuerdos. Aquel pisito formaba parte

vital de existencia. No pudo evitar secarse con el pañuelo unas lágrimas, que le rodaban por la mejilla.

Pero Alfredo no era de las personas, que se dan por vencidas a la primera de cambio. Abrazó a su mujer y a sus tres hijos y se dijo a sí mismo que el mundo no puede acabar así. Los ojos se le fueron irresistiblemente al horizonte infinito, en cuyo futuro parecía encontrar de nuevo esperanza. En cuyo momento percibió posibles salidas. Tal vez fueran sus hijos, responsables, vivarachos y estudiosos. Quizás las manos de su mujer con la costura. O a lo mejor las suyas con chapuzas. Mientras tanto contaba con la inestimable solidaridad de los amigos. ¡Qué alegría tan inmensa es tener amigos!